

SUPLEMENTO INFANTIL

DE

EL BIEN PÚBLICO

Mahón, 12 de Mayo de 1926

El Santísimo Rosario

Aquella noche la abuelita, aquella bondadosa señora que tan querida era de todos, congregó, como diariamente lo hacía, a sus nietos, unos avispadillos rapaces, que olvidaban sus travesuras cuando la abuelita los llamaba. Una vez reunidos y después de acallar unos sollozos de Pilita, la muñequita de la casa, dijo así:

—Esta noche, queridos míos, antes que recemos el Rosario, me parece muy conveniente deciros algo acerca de lo que esta devoción significa y de lo eficaz que es para aquellos devotos que lo rezan con el corazón y el pensamiento puestos en Nuestro Señor Jesucristo y en su santísima madre la Virgen María.

El Rosario, hijitos, es una fórmula de orar que encierra en sí todo lo necesario para purificar el corazón humano, tan necesitado siempre de aguas purísimas que quiten de él toda la suciedad que las aficiones desordenadas pueden arrojarle.

El Rosario, cuyo nombre procede de una palabra latina que significa lugar plantado de rosas o rosales, responde al deseo de tener una oración que, poco a poco, fuese poniendo sus amorosas frases, sus sublimes peticiones en el alma. Esta fórmula, como decía el predicador el año pasado, «a sorbos le va dando al espíritu el celestial alimento».

—Y, ¿por qué se repite tanto en el Rosario, abuelita?

—Porque la repetición, monín —contestó la abuelita—, es indispensable siempre; cuando tú estás deseoso de una cosa, te repites mucho ese deseo. ¿Verdad, Federiquín? Pues así sucede continuamente cuando el alma se aficiona a una cosa, que repite y repite sin cesar aquello que quiere. Además, que así se paladea, se analiza cada petición y cada ruego de los que en el Rosario se hacen.

El Rosario, que es como una bandera para el buen cristiano, se puede decir que es un compendio de nuestra Religión, porque consta de sus principales misterios, y el que lo reza entero y con fervor y repara en sus amorosas frases, recuerda y medita en un día lo que la Iglesia celebra en sus fiestas durante el año.

El Padrenuestro que en él se reza, es un modo de orar que el mismo Jesucristo nos enseñó, como el señor cura nos tiene repetidamente dicho; y se puede considerar que esta oración es como un memorial (ya sabéis lo que es esto de memorial, ¿os acordáis de los que escribís para Reyes?) que nos dictó Jesús para presentarlo a su eterno Padre.

A la oración del Padrenuestro, que tan bien sabéis rezar todos, sigue el Avemaría, a fin de que por medio de la Virgen Santísima alcancemos de Dios lo que hemos pedido en el Padrenuestro. Así, pues, hijos míos, el Rosario es el manantial más poderoso para purificar el alma y del que más paz y tranquilidad podemos conseguir.

—¿Hace mucho tiempo que se reza el Rosario en España?—preguntó Agustín, que era curiosísimo para las fechas.

—Según datos que son más ciertos que los que en tus libros de astronomía popular hay, María Santísima enseñó el Rosario a Santo Domingo de Guzmán el día 25 de marzo de 1201. ¿Quiéres más curiosillo? Pues te diré que el año 1208, fué promulgado en Tolosa y poco después el Santo lo propagó a España.

—Anda, abuelita —volvió a decir Agustín—, cuéntanos algo de Santo Domingo.

—Santo Domingo de Guzmán nació en 1170 en un pueblo de Castilla la Vieja, y desde muy niño dió pruebas de gran piedad y de amor al estudio. A los treinta años de edad empezó a predicar y lo hizo de palabra y obra.

Predicando un día cerca de Padrón, fué preso por unos piratas y estuvo unos meses prisionero. Una noche tormentosa en que los elementos jugaban con la nave, se le apareció la Virgen María y le enseñó el Santísimo Rosario, que al rezarlo aplacó la tempestad e hizo que aquella gente se convirtiese. Desde Bretaña vino a España Santo Domingo, implantó el Rosario, siguió predicando y obrando multitud de prodigios hasta su gloriosísima muerte.

Después el Rosario siguió propagándose a las naciones cristianas y siendo el consuelo de las familias, el reparador de la fé, la puerta más amplia que tiene el recinto del amor a Jesús y a la Santísima Virgen, en los cuales siempre debemos confiar.

EJEMPLO.

Personajes célebres de la literatura universal

EL COMENDADOR

Una de las figuras que más miedo causó en nosotros en nuestros años infantiles y a más aficionados ha arruinado, sobre todo cuando han tenido que comprar el miedo y el yeso por su cuenta, es la del Comendador. Y es que no es para menos y está muy justificado el miedo de la chiquillería, porque una estatua más fúnebre que algunos chistes que oímos, que anda, habla y en algunos casos hasta se permite dar unos pasos de baile, no es cosa que se vea todos los días, y mucho menos que haga ruido en la antesala y venga a amargar los postres a los comensales.

Este personaje, para quien la ganzá era un estorbo innecesario y se filtraba como la humedad, por las paredes, es nada menos que el Comendador de Calatrava D. Gonzalo de Ulloa, el anciano hidalgo que sabedor de que al prometido de su hija le visitan con frecuencia las mentiras, pasa por la amargura de descender a un templo de Baco, tapada su cara con un antifaz para que no contemplen cómo la bilis se le sube sin ser alpinista.

Llega D. Juan, y ni que estuviese voceando un específico en pleno adoquina-

do; las fanfarronadas salen a borbotones de sus labios, sin duda para que no se asusten ni se vean solas las que salen de los de D. Luis. Al oír tales relatos, que más bien parecen copia de los partes oficiales durante la guerra mundial. D. Gonzalo no puede más, estalla como cohete de verbená y, en unión de D. Diego, salen desesperados de la ruín mansión adonde hombres de su linaje no debieran descender ni con escafandra.

¡Qué carnaval aquel para don Gonzalo! Ni aun concediéndole el primer premio de máscaras a pie hubiese estado contento. Desde aquel momento sólo piensa en quitar a D. Juan el medio de emparentar con él, a pesar de ser el tal espadachín «gallardo y calavera», y, según envidiosos, que nunca faltan, algo aficionado a dar sablazos aun cuando los corchetes le hubiesen arrebatado la espada.

El Comendador está tranquilo porque sabe que su tesoro está guardado por manos diligentes; pero el paso de unas destrozadas, en una de las cuales creyó reconocer a Ciutti, le hacen sospechar, y sin enterarse de las disposiciones del bando del corregidor sobre las horas en que se podía andar con más caretas que las de uso diario, marcha a enterarse de lo que D. Juan es capaz de hacer cuando su capricho se encarga de dirigir sus pasos.

D. Gonzalo, que estima en más su honor que las veces que después ha tenido que salir a escena, llega a la quinta de D. Juan, y éste, que ya se ha convencido de que la vida verdadera es la del «que huye del mundanal ruido», quisiera borrar toda su vida anterior y ser otro en lo futuro, pero el Comendador, que tenía informes como para no concederle ni crédito ni dinero, le rechaza; la vista de D. Luis agría la cuestión, y don Juan se deshace de los dos de un modo que a más de cuatro actores ha hecho sudar de lo lindo.

El Comendador aparece después, calladito y sin perder el equilibrio, en una forma fría y elevada, cual corresponde a su alcurnia; más D. Juan, a quien no le hizo gracia «la historia del tal panteón», le invita a cenar con alternería, aun cuando dicen quienes están en el secreto que a Tenorio le pasó lo que a mucha gente que hace invitaciones, que si sabe que aceptan el convite no se permiten esas bromas. Lo cierto es que la estatua acepta y va a casa de Tenorio para que se duerman los comensales, y eso que no apeló a leerles versos...

D. Juan cree que todo ha sido una trama de mal gusto y disputa y riñe con sus convidados, pero no han sido ellos, ha sido el Comendador, representante que viene a exigir el castigo de tanto crimen, el que sale al encuentro de D. Juan para llevarlo al lugar de donde, según Hamlet, «ningún caminante torna».

Así obra el comendador con su mator y esta es la intervención que en el drama de Zorrilla tiene esa figura, a

la que entre malos cómicos y peores aficionados la han puesto tan desconocida que ni sus mismos compañeros de capítulo la reconocerían.

YO.

DEL REINO ANIMAL

De entre los infinitos seres que pueblan las aguas, en algunos casos traicioneras, de los mares, de esa fauna marítima que tantas maravillas conocidas muestra y más maravillas aún se desconocen, salen unos animalitos algo duros y que tienen resuelto el problema de la vivienda, y no temen a que se cale el interior.

Estos individuos, sumamente variables en talla, forma de cuerpo y número de segmentos, son los crustáceos, algunos de cuyos individuos no temen que les digan que andan para atrás, y exhiben unas pinzas capaces de extraer hasta la paciencia del que se descuidó al contemplarlos.

Los crustáceos, son animales de respiración branquial, o simplemente cutánea. Tienen dos pares de antenas que no les sirven para oír los conciertos de radio, y un par de mandíbulas provistas de palpos.

En las filas de estos animales figuran soldados de todas las tallas, desde las dimensiones microscópicas hasta las que, algo creditas, se observan en el grupo de los artrópodos. La forma también difiere en ellos, como se puede observar si conocemos a los iletrados percebes, a la no muy presentable cochinita y a la succulenta langosta.

La piel, que no sirve después de muerto su poseedor para adornarse con ella, se halla recubierta de una capa de quitina, que en algunos individuos llega a adquirir un espesor de varios milímetros, que es capaz de competir en resistencia con las paredes de muchos edificios modernos.

Algunos ejemplares contienen en su interior depósitos calizos que le comunican una gran solidez, y que es una lástima no hayan sido explotadas aún por sus poseedores.

Los crustáceos no presentan todas las mismas cualidades en cuanto al tipo, pues éste presenta en ciertos ejemplares deformidades que no han sido corregidas, a pesar de que muchos de ellos merecían un arreglito siquiera por el buen parecer.

El sistema nervioso, que con frecuencia se les altera, consta de un ganglio, y el desarrollo de los sentidos es variable; los ojos faltan raras veces, pues aunque no es muy grato lo que en ocasiones ven, precisan del auxilio de ellos para ver por donde viene el enemigo.

La audición se verifica, al parecer, pues ellos guardan el secreto, y ni aún cocidos son capaces de romperlo, por medio de pelos sensibles, capaces de entrar en vibración bajo la acción de los sonidos, y situados en diversas regiones del cuerpo, pues en todas es conveniente que haya quien oiga aletazos, para

que los crustáceos cierran la puerta por lo que pueda ocurrir.

Los sentidos del tacto, olfato y gusto se cree que tienen también su residencia en pelos sensibles, pues los tres son tan modestos, que para que no se les estudie y se muestren sus condiciones, se ocultan misteriosamente.

El aparato digestivo falta por completo en algunos cirrípedos y diversos enanos de otros sectores. Debemos tener en cuenta esto, que es una de las cosas más curiosas que al estudiar los crustáceos podemos observar.

Casi todos los crustáceos se alimentan, a ratos, de sustancias animales; persiguen sin cesar las presas que han de devorar entre horas. Otros se alimentan de materias minerales casi en descomposición, y algunos ingieren, y éstos son los que van más con las corrientes modernas, sustancias vegetales.

También se han notado algunas especies que viven parasitariamente y sin temor al mal olor sobre animales acuáticos.

El número de crustáceos de agua marina es mayor que el de los que se bañan en agua dulce. A excepción de la cochinilla de la humedad todos viven en el agua y no les va muy bien cuando llegan a tierra, porque casi siempre es para verse descuartizados sobre una mesa.

Las especies vivientes conocidas llegan a algunos miles, no todas catalogadas, y mucho menos adornando la vitrina de un Museo. Hay también numerosas especies fósiles, que se presentan ya en formaciones muy antiguas.

Entre los crustáceos superiores vivientes los hay que son comestibles (langosta, langostinos, cangrejos, etc.), y todos son muy curiosos, pues desde el género de vida que hacen a la vivienda que les cobija, hay un ancho campo donde explorar, teniendo antes cuidado de que no aprieten las pinzas al coger nuestros dedos.

BACHILLER.

UNA MIRADA A ESPAÑA

El Burgo de Osma y la provincia de Soria

El Burgo de Osma, cabeza de partido judicial de la provincia de Soria, tiene 3.700 habitantes; su Catedral es la que da vida a esta villa; fundada por San Pedro de Osma, está situada al Suroeste de la capital.

Carreteras.—La carretera de Soria y la de Aranda de Duero.

Industria.—La industria consiste en maderas, curtidos, harinas, luz.

Los santos que han vivido en esta villa son: San Pedro de Osma y el glorioso Santo Domingo de Guzmán.

Los monumentos más notables son: El Santo hospital, el Hospicio, Seminario, Catedral, Hermanitas de los ancianos y Plaza de Toros.

Su provincia.—Su superficie es de 10.300 kilómetros cuadrados y la pueblan 159.000 habitantes. Solo la capital tiene 7.600 habitantes.

Está dividida en cinco partidos judiciales, que son: Agreda, Medinaceli, Almazán, Burgo de Osma y Soria.

Os voy a decir, los habitantes que tiene cada cabeza de partido judicial: Agreda tiene 3.300 habitantes, Almazán 3.000, Medinaceli 1.000, Burgo de Osma 3.700 y Soria 7.600 habitantes.

En las cercanías de Soria se encuentran las famosas ruinas de Numancia y

también el campo de Calatañazor, donde murió Almanzor.

Los ríos principales de esta provincia son: El Duero, que nace en los picos de Urbión, de esta provincia, el Ucero, Avión, el Araviana, Escalote y otros.

MARINO AGUIRRE.

GLOSAS CÁNDIDAS

¡OH, LA HIGIENE!!

Nada más serio que la higiene, pero nada más cómico también que un higienista profano.

—¿Qué tiene usted que está tan alicaído?— le pregunta a uno un señor de esos para quienes la higiene lo es todo en el mundo.

—Pues un fuerte dolor de cabeza— contesta el paciente.

—¡Claro! ¡No practica usted la higiene! ¿Cuántos saltos ha dado usted hoy?

—¿Cómo saltos? ¡Yo no soy un canchullo!

—¡Pues hay que saltar todas las mañanas hasta que el sudor corra por todo nuestro cuerpo! Así, así!

Y aquel apóstol de la higiene empieza a dar saltos y volteretas, haciendo trepidar la habitación y aumentando la cefalalgia del amigo, que acaba por echar a patadas a la calle al higienista.

—¿Cómo estás Gundemaro?— pregunta a un transeunte que va abrigado hasta los ojos con una fortísima bufanda, otro amante, de la higiene, de esos que vemos las mañanas de invierno a cuerpo gentil, desafiando al cero grados con la mayor frescura.

—Pues chico, con un frío de muerte!

—¡Natural! ¡Te tapas el cuello, la boca, las narices! ¡El cuerpo no transpira! ¡Te congestionas! ¡Acabarás por reventar! ¿No me ves a mí? ¡A cuerpo y con el cuello al aire!

—¡Pues hijo, a mí me da más frío de verte!

—¡Pues a mí me arde la sangre de verte tan reliado! ¡A ver, fuera esa bufanda!

Que quieras que no, deslió la cabeza del friolero y acabó por arrebatarle la bufanda.

—¡Que me va a dar una pulmonía!

—¡No conoces la higiene ni por el forro!

—¡Dame la bufanda! —exclama iracundo el despojado.

—¿Esta bufanda? ¡Nunca en mis días! ¡Lo que es con ésta no te asfixiarás!

Y el caluroso higienista emprende una rápida carrera hasta perderse de vista.

El pobre friolero se sube el cuello del gabán y emprende un trotecillo ligero para ver si entra en calor, renegando en su interior del amor a la higiene de su despreocupado amigo.

Diez o doce calles llevaba andadas, sin conseguir entrar en reacción, cuando se da de bruces con un individuo que a cuerpo, y con una bufanda que le ocultaba el rostro por completo, venía en dirección contraria.

—¡Cómo! ¡Mi bufanda! —exclama el friolero atenazando al individuo.

—¡Chico, te diré!... —repuso el amigo higienista, que no era otro el que se abrigaba con la prenda despojado.

Dos sonoras bofetadas fueron la única contestación del friolero, que con la mayor alegría recuperó su bufanda y el calor perdido por un momento de debilidad ante la desfachatez de un arre-

CUENTO

El zorro de las gafas

El recuerdo de la niñez despierta siempre en mi memoria, entre otros, para mí agradables siempre, el de mi madre, que, inclinada sobre la cama en que yo dormía, y acariciándome como solamente las madres saben hacerlo, me refería cuentos y más cuentos, que yo interrumpía con inocentes preguntas, hasta que al fin el sueño cerraba mis párpados y yo me dormía al arrullo de aquella voz querida.

Una noche me refirió el siguiente, que se me ha quedado impreso para siempre, de tal modo me interesó:

«Iba una vez un hombre por un camino, cuando encontró al lado de la cuneta una serpiente. El día era de riguroso invierno; hacía un frío horroroso, y la serpiente estaba helada, y, como no se movía nada, aunque se la tocaba, parecía estar muerta o próxima a morir.

El hombre, compadecido del estado de aquel animal, la cogió con cuidado y la colocó en sus alforjas para que allí el calor la reanimara, si es que tenía aún vida. Así sucedió en efecto, y al poco rato la serpiente salió de las alforjas, desperezándose como se desperezan las serpientes, bostezando; y así que se encontró completamente bien, se dirigió a su bienhechor y le dijo:

Mucho te agradezco tu buen corazón con los animales, y el acto de caridad que has hecho conmigo; pero tengo un hambre espantosa, y, con tanto sentimiento mío, tengo que comerte crudo.

El hombre se quedó como quien ve visiones; todo lo esperaba menos aquel rasgo de ingratitud.

—Pero, señora serpiente decía el pobrecillo;—repare usted que estoy en los huesos, y va usted a sacar muy poca sustancia de mí. Además me debe usted la vida, y debe respetar en cambio la mía.

—Amigo—dijo la serpiente,—canta bien, pero entonas mal. El hambre es mala consejera, y tengo el estómago pidiéndome carnicita fresca, pero pronto.

—Veamos si hay medio de arreglarlo todo—exclamó el hombre.—Vamos a someter la cuestión a tres jueces, sean los que fueren, y si me condenan, tendré el consuelo de morir a lo menos por dos votos. ¿No te agrada mi proposición?

Refunfuñó la serpiente, pero al fin accedió poniéndose en camino para buscarlos.

Encontraron al fin los tres jueces: un toro, un asno y un zorro.

El toro comenzó a exponer su opinión, objetando que, supuesto que la serpiente había demostrado tener más fuerza animal, estaba en el deber de comerse a el hombre.

Habiéndose marchado el toro, expuso su parecer el asno, el cual fué también desfavorable al hombre.

Por fin toca hablar al astuto zorro, y colocándose unas gafas disformes les dijo:

—A mí no me bastan palabras. Yo necesito ver por mis propios ojos cómo ha pasado todo. ¿Cómo estabas tú, serpiente cuando este hombre te cogió?

La serpiente se colocó poco más o menos como cuando estaba medio helada.

A ver: tú hombre, ¿cómo la metiste en la alforja?

El hombre obedeció, y metió en las alforjas a la serpiente, que dócilmente se prestó a la insaculación, a la cual ce-

rró el zorro con una cuerda, y después comenzó a descargar golpes sobre ella matándola enseguida.

—Me parece dijo el zorro—que te he librado la vida, y espero que me regales un par de gallinas de tu corral.

—No, hijo, no; esas gallinas las he de comer yo. Y tú para que aprendas ¡toma!

Y sacudióle dos leñazos en las costillas.

El Zorro perdió las gafas corriendo, el cual bien lejos estará, si no ha parado todavía.

¡ARA Y CANTA!...

I
Labriego: ¿vas a la arada?
Pues dudo que haya otoñada más grata y más placentera para cantar la tonada de la dulce sementera.
¿Q é has dicho? ¿Que el desgraciado que pasa el eterno día bregando tras un arado jamás cantó la alegría, si alguna vez ha cantado? Es una queja embustera la que me acabas de dar.
¿No sabes que yo sé arar? Pues déjame la manquera y oye, que voy a cantar:

II
«Labriego poco paciente: si crees que sólo tu frente vierte copioso sudor que sorbe innumera gente, sal de tu error, labrador. Lo dice quien es tu hermano, quien czata tu lucha brava, lo dice quien por su mano siega mieses en verano y el huerto en laverno cava. ¿Qué sabes tú del tributo que el mundo al trabajo rinde, ni qué sabes de su fruto, si no has traspuesto la lade del terruño diminuto? Si el mundo aquel te impusiera yugos que impone al mejor, pensarás que tu manquera, si no es la más llevadera, tampoco es la cruz mayor.»

JOSÉ MARÍA GABRIEL Y GALAN.

Saldo de chistes malos

—¿Adónde vamos? —pregunta un chauffeur del servicio público al señor que alquila el coche.

—A mi casa —dice distraído el señor.

—¿Cuál es colmo de un toro cojo?

—Negarse a tomar la muleta.

En un examen de historia:

—¿Me quiere usted decir cómo murió Luis XVI?

—Le cortaron la cabeza y murió a consecuencia de la herida.

—¿En qué se parece un puente a una flor?

—En que se pasan.

—¿En qué se parece un tramoyista de teatro al encargado de un taller de bordados.

—En que los dos trabajan entre bastidores.

—¿Cuál es el colmo de un amante de la música?

—Casarse con Pia Nola.

Entre amigos:

—El animal más sufrido es el camello, pues pueda trabajar durante diez días sin beber.

—¡Andal! Pues yo puedo estar diez días bebiendo sin trabajar.

Un maño y un ciego:

—Pobrecito, ¿con que ciego a consecuencia de la explosión de una caldera? ¿Y en que fábrica dice el cartel que se fué, que no lo enti-

do?

—Que me sé yo, señor. Como soy ciego, yo no puedo leerlo.

—D. Julián, ha dicho mi papá que me deje usted el telescopio.

—Tómale, y dí a tu papá que mire bien por él.